

litos que habian cometido; unos consumidos en procesos y despojados por la ley, otros por el juego y sus desenfrenos, y casi todos traidores, asesinos, ladrones, falsarios, sobornadores y desertores escapados de prision, que no se atrevian á volver á su patria por temor de ser ahorcados, ó cuando menos de verse cubiertos de miseria en un calabozo.

Mientras le hacian esta relacion volvió á interrumpirme varias veces con sus objeciones, teniendo que valerme de circunloquios y otros arbitrios para surtirle alguna idea de los crímenes que habian obligado á aquellos hombres á dejar su domicilio, y con todo eso no podia concebir qué fin los arrastraba á cometerlos. Fué preciso darle á conocer en algun modo lo que era nuestro insaciable deseo de engrandecernos y adquirir riquezas; de los funestos efectos, del lujo de la intemperancia, de la malicia y de la envidia. Pero no pude conseguir nada por más ejemplos é hipótesis de que usaba; cada vez más negado á comprender que estos crímenes existan realmente, estaba con los ojos bajos sin poder explicar su sorpresa ó indignacion, como una persona que siente su imaginacion herida de una cosa que no ha visto ni oído jamás.

No hay en la lengua de los houyhnhnms

modo de esprimir estas ideas de Poder, Gobierno, Guerra, Ley, Castigo, ni otras semejantes, sinó valiéndose de dilatadas perífrases, y así me viapurado para hacer á mi amo la pintura de la Europa y particularmente de la Inglaterra, mi patria.

CAPITULO IV.

El autor expone á su amo los motivos que tal vez suelen encender la guerra entre las naciones de Europa, y en seguida le explica cómo se la hacen los particulares unos á otros. Pintura de los procuradores y jueces de Inglaterra.

El lector observará, si quiere, que lo que voy á exponer en el extracto de varias conversaciones que tuve con mi amo el houyhnhm, en los dos años que residí en aquel país. Su honor me proponia cuestiones diferentes y á proporcion de los conocimientos que iba adquiriendo en el uso de su idioma, me exigia la satisfaccion más ó menos prolija. Yo le manifesté como pude el estado de toda la Europa; discurrí sobre las ciencias, artes, manufacturas y comercio; de suerte que de una série de preguntas y respuestas sacamos asunto para una conversacion interminable. Me limitaré aquí á lo sustancial

de aquellas que miran determinadamente á mi patria y dándolas el mejor órden no me ligaré tanto á los tiempos y circunstancias como á la exactitud de la verdad. Solo me desanima la dificultad de esprimir consu propia gracia y energía los bellos discursos de mi amo y sus sólidos razonamientos; ruego al lector disimule mi insuficiencia é incapacidad, disculpándome en parte por la defectuosidad de la lengua en que tengo que explicarme hora.

A instancias de mi amo le referí un dia la última revolucion acaecida en Inglaterra por la invasion de un príncipe ambicioso, que en seguida hizo la guerra á uno de los monarcas más poderosos de Europa, dotado de todas las virtudes régias y cuya gloria resonaba por el universo. Que la reina sucesora habia continuado esta guerra, en que las potencias todas de la cristiandad habian tomado interés, y que en esta misma guerra funesta habria ya acaso perecido un millon de *yahous*, que habian sido tomadas por asedio más de cien ciudades y sumergidos ó incendiados más de trescientos navíos.

Quiso saber cuales eran las causas y motivos más ordinarios de nuestras refriegas y de aquello que llamaba la guerra. Respondíle que eran innumerables, pero que le manifestaría

algunas. Tal vez, le dije, suele ser la ambicion de un príncipe que no se sácia de poseer tierra y gobernar pueblos, y tal vez la política de los ministros que quieren dar ocupación á los vasallos mal contentos. La division de los ánimos en la adoptacion de opiniones tambien puede causarla; el uno cree que silvar es una acción buena, el otro que es un delito; uno dice que es preciso vestir de blanco, otro que de negro, de colorado ó amarillo. Este quiere que llevemos un sombrero muy chico y apuntado; aquel sostiene que debe ser muy grande y tendido, etc. Intenté exprofeso estos ejemplos quiméricos por no declararle las verdaderas causas de nuestras desavenencias con respecto á la opinion, previniendo la pena y rubor que me hubiera costado hacérselas entender; solo sí añadí que nuestras guerras nunca eran tan largas y sangrientas como cuando provenian de estas opiniones diferentes que unos cerebros exalcentados sabian hacer prevalecer por una y otra parte hasta llegar á tomar las armas.

Ciertamente que cuanto acabais de contarme, replicó su honor, me surte una alta idea de vuestra razon. Como quiera que sea teneis la fortuna de que, en medio de ser tan malos, no podeis hacer os mucho daño, pues por más que

hayais querido exagerarme los efectos terribles de esas guerras crueles en que perecen tantos, yo creo que me habeis dicho la cosa que no es. La Naturaleza os ha dado una boca chata sobre una cara chata tambien; yo no alcanzo como podreis morderos sinó amigablemente. Vuestras garras, tanto de los piés delanteros como de los de atrás, son tan sumamente débiles y cortas que, sin disputa, un solo *yahou* de los nuestros desgarraria á una docena como vos.

Yo no pude menos de remecer la cabeza y sonreirme de la ignorancia de mi amo. Como sabia un poco del arte de la guerra, le hice una amplia descripcion de nuestros cañones, culbrinas, mosquetes, carabinas, pistolas, balas, pólvora, sables y bayonetas; le pinté el sitio de una plaza, las trincheras, los ataques, las salidas, las minas y contraminas, los asaltos, las guarniciones pasadas á cuchillo. Le expliqué nuestras batallas navales. Le representé los gruesos navios echados á pique con todas sus tripulaciones; otros cribados á cañonazos, destrozados, incendiados en medio de las aguas; el humo, el fuego, las tinieblas, los relámpagos, los clamores de los heridos, los gritos de los combatientes, los miembros saltando en el aire, el mar ensangrentado y cubierto de cadáveres.

Luego le pinté nuestras batallas por tierra en que se derramaba mucha sangre, y en un solo dia perecian cuarenta mil combatientes de una y otra parte; y para exaltar un poco el valor y bravura de mis amados compatriotas, le dije que habia visto en un sitio hacer volar por los aires con la mayor facilidad un ciento de enemigos, y en un combate naval un número todavía mayor; de suerte que los miembros de tantos *yahous* dispersos por todas partes parecian una lluvia espesa, formando á nuestra vista un espectáculo muy agradable.

Iba á proseguir y hacer alguna otra bella descripcion, cuando su honor me mandó que callase. El natural del *yahou*, me dijo, es tan perverso que ya no encuentro dificultad en creer que cuanto acabais de contarme sea posible, desde que supusisteis en él una fuerza y una industria igual á su perversidad y malicia. Por mucha idea que antes táviese de la maldad de este animal, no se acercaba siquiera á la que ahora me habeis dado. Vuestra narracion turba mi espíritu, y me arrastra á una situacion en que jamás me he visto. Recelo que mis sentidos intimidados de las horribles imagenes que le habeis trazado, lleguen poco á poco á acostumbrarse á ellas. Aborrezco á los *yahous* de

este país, más ya les perdono todas sus cualidades odiosas, pues que la Naturaleza los ha hecho tales que carecen de razon para corregirse y gobernarse. ¡Que una criatura que se lisonjea de poseer esta razon como propia sea capaz de cometer acciones tan detestables y de entregarse á excesos tan horribles! No puedo comprender como sea, al mismo tiempo que me convence de que el estado de los brutos es aun preferible á una razon corrompida y depravada. Pero á buena fé, ¿vuestra razon es en efecto una verdadera razon? ¿No será más bien un talento que la Naturaleza os ha dado para perfeccionar vuestros vicios?

Demasiado me habeis dicho en orden á eso que llamais la guerra: vamos á otro artículo que interesa mi curiosidad. Creo haberos oido que en esa tropa de *yahous* que os acompañaba en el navío, habia miserables á quienes los procesos habian arruinado y despojado de todo, y que era la ley la que los habia puesto en tan triste estado. ¿Cómo puede ser que la ley produzca semejantes efectos? Además, ¿á que esa ley? ¿Vuestro natural y vuestra razon no os buscan, no os prescriben con bastante claridad lo que debeis hacer y lo que no debeis hacer?

Respondí á su honor que no estaba suficientemente versado en la ciencia de la ley; que apenas tenia algun corto conocimiento de la jurisprudencia, por el comercio con los abogados en el tiempo que los consultaba sobre mis negocios, pero que le enteraría de cuanto alcanzaba en la materia. El número, le dije, de los que se aplican á la jurisprudencia entre nosotros, ó que hacen profesion de interpretar la ley, es tan crecido que excede al de las orugas, aunque no todos iguales en clase, nombre y distinciones. Como su multitud desmedida hace el oficio poco lucrativo, para sacar siquiera con qué mantenerse tienen que recurrir á la industria y al manejo, por medio del maravilloso arte de probar en un discurso embrollado que lo negro es blanco y lo blanco es negro. ¿Son esos, me preguntó prontamente su honor, los que arruinan y despojan á aquellos otros por su habilidad? Asi parece, le respondí, y ahora os pondré un ejemplo para que podais comprender mejor lo que os he referido.

Supongamos que mi vecino tiene deseo de una vaca mia: al punto va á buscar á un procurador, esto es, un docto intérprete de la práctica de la ley, que por la esperanza del pre-

mió haga ver que la vaca no me pertenece. Yo me veo obligado á buscar otro *yahou* de la misma profesion que defienda mi derecho, pues la ley no me permite hacerlo por mí mismo. La justicia es mia y mi derecho innegable; pero me hallo entre dos embarazos insuperables. Uno es que este *yahou*, mi defensor, está acostumbrado toda su vida á defender lo falso, y al verse encargado de defender la verdad pura y clara, se halla como fuera de su elemento, sin saber por dónde ha de principiár; el segundo es que, á pesar de la sencillez del negocio que he puesto á su cuidado, debe precisamente embrollarle para conformarse al estilo de sus compañeros, y alargarle todó lo posible, porque de otro modo le acusarian de que perdía el oficio y daba mal ejemplo. En este apuro, soló me quedan dos recursos: el primero es ir á buscar al procurador contrario y tratar de sobornarle, dándole el duplo de lo que le ofreció su cliente; el segundo, que acaso os sorprenderá, porque no es menos seguro, consiste en reencargar á mi defensor que haga ver á los jueces con la menos confusion que efectivamente la vaca podría muy bien ser de mi vecino y no mia. Entonces los jueces, poco acostumbrados á las cosas claras y sencillas, prestará más atencion

á su discurso y sutiles elementos, hallarán gusto en escucharle, y balanceando entre el pró y el contra, estarán mejor dispuestos para fallar en mi favor, que si se redujese á probarles mi derecho en cuatro palabras.

Es una máxima entre los jueces que todo aquello que ha sido antes juzgado ha sido bien juzgado. Estas sentencias se conservan cuidadosamente en una secretaria, y son las que forman lo que llamamos jurisprudencia; de suerte, que estando calificadas de autoridades, no hay cosa que no se pruebe y justifique con citarlas. Sin embargo, de algun tiempo á esta parte no dan tanta fuerza á la autoridad de cosas juzgadas; citan juicios en pró y en contra, y se aplican á hacer ver que los casos no pueden ser jamás enteramente semejantes. He oido decir á un juez muy hábil, que las sentencias son para aquellos que las obtienen.

Por lo que hace á lo demás, la atencion de los jueces tal vez se inclina más hácia las circunstancias que al fondo del negocio; por ejemplo, en el caso de mi vaca, querrian saber si era roja ó negra, si tenia los cuernos muy grandes, en qué campos acostumbraba pacer, cuanta leche daba cada dia, etc. Bien reflexionado todo esto van á consultar á las antiguas

sentencias: á ciertos tiempos sale el proceso al bufete, y el que al fin de diez años está sentenciado no es poco feliz.

Tambien es digno de notarse que los letrados tienen idioma aparte, una jerga que les es propia, un modo de producirse que los demás no entienden; ya veis que en tal laberinto el buen derecho puede confundirse fácilmente, que el mejor pleito no ofrece seguridad, y que si un extranjero distante trescientas leguas de mi país quisiese venir á disputarme una herencia que estuviese en mi familia trescientos años há, acaso en treinta más no veria terminada la disputa, ni se desenredaria del negocio.

¡Qué lástima, exclamó su honor, que unas gentes de tanto génio y talento no se dediquen á otra cosa y hagan mejor uso de éll! ¿No seria mejor que se ocupasen en dar lecciones sábias y virtuosas á los demás, partiendo sus luces con el público? Pues, á lo que entiendo, esas doctas gentes poseen sin duda todas las ciencias. Nada de eso, le repliqué, ellos no saben más que su oficio, ni se les puede hablar de otra materia; aborrecen las bellas letras y todas las otras ciencias. En el trato ordinario parecen estúpidos, pesados y groseros, hablo

en general, sin que por esto dejen de encontrarse algunos espirituosos, agradables y galantes.

CAPITULO V.

Del lujo, la intemperancia y enfermedades que reinan en Europa. Carácter de la nobleza.

No fué posible hacer comprender á mi amo por qué esta raza de practicantes era tan perjudicial y temible. ¿Qué miras los conducen, me decia, á hacer tanto daño á los mismos que los mantienen? ¿Y qué premio es ese que espera el procurador encargado de la defensa? Respondíle que era dinero, y me costó algun trabajo hacerle entender la significacion de este nombre. Le expliqué nuestras diferentes especies de monedas, los metales de que se fabricaban y su utilidad. Que el que llegaba á juntar mucho era feliz, pues podia procurarse buenos vestidos, buenas casas, grandes tierras, mucho regalo y las mejores hembras. Que por esta razon no nos saciábamos nunca de dineros, y cuanto más teníamos más deseábamos, aprovechándonos hasta del sudor del pobre, que para susten-

tar su miserable vida trabajaba desde el amanecer hasta la noche sin un instante de descanso, todo en beneficio del ocioso rico. ¿Cómo, replicó su honor, no tienen parte en esa tierra todos los animales? ¿Hay algunos que carecen de derecho á los frutos que produce para su sustento? No sé por qué ha de haber *yahous* privilegiados que recojan por entero esos frutos, con exclusion de sus semejantes; y cuando eso fuese por un derecho particular, ¿no debieran ser atendidos los que han contribuido con su trabajo á fertilizar la tierra? Nada menos que eso, le respondí; justamente los que mantienen á los demás por medio del cultivo de las tierras, son los que perecen de hambre.

¿Y qué quereis significar, me preguntó, por esa expresion mucho regalo que aplicásteis á los que juntan dinero en vuestro país? Tuve que pintarle la mesa de un poderoso, los esquisitos manjares que la cubrian y los diferentes modos de aderezarlos, sin reservar nada de cuanto me vino á la memoria; instruyéndole tambien de que para sazonarlos mejor y proveernos de buenos licores equipábamos navios, y emprendíamos largos y peligrosos viajes; de modo, que para dar una colación decente á cuatro hembras de distincion, era preciso des-

pachar muchos navios á las cuatro partes del mundo.

Harto miserable será vuestro país, me dijo, cuando no puede mantener á sus habitantes; ni agua teneis que beber si no atravesais los mares. Entonces le repliqué que la Inglaterra producía más frutos que todos sus habitantes podían consumir; que hacíamos bebidas muy buenas con el jugo de ciertas frutas ó con el extracto de algunas granas, y que, en una palabra, nada faltaba á nuestras necesidades naturales; pero que para fomentar nuestro lujo y nuestra intemperancia, enviábamos á los países extranjeros las producciones del nuestro, y traíamos en cambio cosas que nos destruían la salud y alimentaban nuestros vicios, siendo éste amor al lujo, al regalo y al placer, el principio de todos los procedimientos de nuestros *yahous*; y como para conseguirlos eran necesarias las riquezas, de aquí provenían los ladrones, los perjuros, los aduladores, los sobornadores, los falsarios, los embusteros, los jugadores, los fantasmones, los malos autores, los envenenadores, los impúdicos, los charlatanes, los espíritus fuertes; y de-pues tuve que explicarle todos estos términos en particular.

El trabajo que nos tomamos, añadí, de ir á

buscar vinos en los países extranjeros, no es porque nos falten aguas ni otros buenos licores para beber, sino porque el vino nos pone de humor festivo hasta hacernos salir en cierto modo fuera de nosotros mismos, ahuyenta de nuestro espíritu toda idea seria, nos llena la cabeza de mil imaginaciones ridiculas, restablece el valor, destierra el miedo y nos exime por algun tiempo de la tiranía de la razon.

Surtiendo á los ricos de cuanto han menester es como nuestra plebe se mantiene. Por ejemplo, yo cuando estoy en mi patria, si he de ir vestido completamente segun nuestro estilo, llevo sobre mí el trabajo de cien oficiales, un millon de manos se han ocupado en fabricar y alhajar mi casa, y tal vez no ha bastado el duplo para vestir á mi mujer.

Iba á pintarle ciertos *yahous* que pasan su vida al lado de los que se hallan amenazados á perderla, esto es, nuestros médicos, habiéndole dicho antes que la mayor parte de mis compañeros habian muerto de enfermedad en el viaje; pero apenas tenia alguna idea muy escasa de lo que es enfermedad, firmemente persuadido á que nosotros moriamos como todos los demás animales, ó por flaqueza ó por pesadez sobre el instante mismo de ir á espirar, excepto

el caso de una herida. Para prevenirle con alguna instruccion de nuestra naturaleza y origen de las enfermedades, le declaré que comiamos sin tener hambre, bebíamos sin sed y pasábamos las noches enteras en beber licores ardientes, que no encontrando sustento en el estómago le estragaban, nos abrasaban las entrañas y se difundia por todo nuestro cuerpo una flaqueza y angustia mortal. Que algunas de nuestras hembras tenian cierto veneno que partian con sus amigos, y que este mal funesto, como otros varios, nacia á veces con nosotros mismos, heredados con la sangre. En fin, que seria nunca acabar el intentar pintarle todas las enfermedades á que estábamos sujetos, pues habia cuando menos quinientas ó seiscientas respectivas á cada miembro, y una infinidad de ellas correspondientes á cada parte, fuese interna ó externa.

Para curar estas enfermedades, proseguí, tenemos *yahous* que consagran su vida únicamente al estudio del cuerpo humano, tratan de estirparlas por medio de medicamentos eficaces, y luchan con la Naturaleza por alargar nuestros dias. Como era del gremio, expliqué con gusto á su honor el método de nuestros médicos con todos los misterios de la medicina. Es

preciso suponer, le dije, que cuantas enfermedades padecemos provienen de replecion, de que concluyen cuerdamente nuestros médicos que es necesaria la evacuacion, bien sea por arriba ó por abajo. Al intento se escojen ciertas yerbas, minerales, gomas, aceites, conchas, sales, escrementos, cortezas de árboles, serpientes, escuerzos, ranas, arañas, peces; de todo esto se compone una bebida cuyo olor y gusto abominable horrorizan, levantan el corazon y trastornan todos los sentidos: se llama vomitivo y sirve para la evacuacion superior. Luego mandan sacar de sus almacenes otras drogas, que nos hacen tomar segun su capricho, ya como purga que arranca las entrañas, ó ya como clister que lava y relaja los intestinos, y racionan de este modo: la Naturaleza muy ingeniosa nos ha dado el orificio superior y visible para ingerir, el inferior y secreto para egerir; es así que la enfermedad invierte el orden natural del cuerpo, luego es necesario que el remedio obre por el mismo estilo para combatir á la naturaleza, invirtiendo el uso de los orificios, esto es, tragar por el inferior y evacuar por el superior.

Padecemos otras enfermedades que nada tienen de real sinó la idea. A los que adolecen de ellas llamamos enfermos imaginarios, y para

curarlos hay remedios imaginarios tambien; pero es el caso que nuestros médicos los aplican frecuentemente á los males reales. Las violentas enfermedades de imaginacion atacan en general á las hembras, para las cuales conocemos especificos que surten un efecto maravilloso.

En la continuacion de nuestras conferencias llegué á merecer á mi amo una expresion á la verdad demasiado lisonjera. Como solia hablarle de las personas de calidad de Inglaterra, me dijo que vivia persuadido de que yo era de la primera nobleza, porque notaba en mí otra finura y mejor presencia que en ninguno de sus *yahous*, aunque no les igualase en fuerza y agilidad; que esto provenia sin duda de mi diferente modo de vida, y que además gozaba el don de la palabra con algunos principios de razon que descubria y podian perfeccionarse con el tiempo y su trato.

A propósito me hizo la reflexion de que entre ellos no eran tan bien formados los *houyhnhms* blancos y alazanes oscuros como los bayos, los tordillos y los negros, ni aquellos sacaban el mismo talento y disposiciones que éstos, por cuya razon permanecian siempre en el estado de servidumbre que les correspondia, sin

poder aspirar jamás á el de amos, porque se miraria en el país como una cosa enorme y monstruosa. Es preciso, añadió, mantenerse en aquella clase que la Naturaleza destinó; lo contrario seria ofenderla ó revelarse contra ella. Pero vos creo que habeis nacido el mismo que sois, pues hubisteis del cielo vuestra nobleza, esto es, vuestro talento y buena índole.

Dí á su honor las más rendidas gracias por el alto concepto con que me favorecía, y al mismo tiempo le aseguré con ingenuidad que mi nacimiento era muy humilde, sin otro lustre que el de unos padres honrados, celosos de mi educacion. Nuestra nobleza, le dije, no es lo que habeis imaginado; desde niños acostumbrados á la ociosidad y al lujo, luego que la edad lo consiente, se abandonan á la disolucion, contraen enfermedades odiosas, consumen toda su hacienda, y cuando se ven ya arruinados suelen casarse con una hembra plebeya, contrahecha y enferma con tal que sea rica; ya veis qué puede producir una union semejante sinó es hijos imperfectos, raquíticos, escrofulosos y deformes, que si la prudente madre no lo previene sigue á veces hasta la tercera generacion. De aquí es que nuestro país un cuerpo seco, flaco, descarnado, débil, enfermo se ha he-

cho una insignia de nobleza, tanto que no influye el mejor concepto el ver un jóven de calidad sano y robusto, especialmente si descubre un espíritu algo culto, justo y recto, sin nada de caprichoso, afeminado, brutal, fantástico, libre y nécio.

CAPITULO VI.

Paralelo de los yahous y los hombres. Filosofía y costumbres de los houyhnhums.

El lector se habrá escandalizado acaso de la fiel pintura de la especie humana que emprendí desde luego, hablando con un animal orgulloso que habia concebido ya opinion bastante mala de todos los *yahous*; más confieso que el carácter de los *houyhnhums* y excelentes cualidades de aquellos virtuosos cuadrúpedos habian hecho tanta impresion en mi ánimo, que no podia entrar en el cotejo de nnos y otros sin despreciar á mis semejantes, y este desprecio fué el que me obligó á tratarlos como indignos de todo respeto ó simulacion. Por otra parte, mi amo, que con su perspicacia natural advertia cada dia en mí nuevos defectos, que yo jamás habia conocido,

ó cuando más había mirado como leves imperfecciones, me había inspirado en juiciosas censuras tal espíritu de crítica y adversion á nuestra sociedad, que á vista de su amor á la verdad no pude menos de detestar la mentira escusando todo disfraz en mis relaciones.

Todavía daré otra prueba de mi sinceridad, y es, que al año de estar en compañía de los *houyhnhms* era tanta la estimacion, respecto y veneracion que les profesaba, que estuve resuelto á quedarme entre ellos y concluir mis días en aquella dichosa comarca donde el cielo me había llevado para enseñarme á cultivar la virtud. ¡Ojalá mi resolución hubiera sido más firme! Pero la suerte que siempre me ha perseguido no quiso que gozase de su felicidad. Como quiera que sea, ahora que estoy en Inglaterra me alegro de haberles callado las tres cuartas partes de nuestros vicios y extravagancias, pues algo había de hacer por mis compatriotas y cuando no tenía este arbitrio usaba de restricciones mentales y procuraba decir lo que no era sin mentir. Sobre todo, ¿quién es el que no guarda algo de parcialidad hablando de su patria amada?

Hasta aquí lo sustancial de las conversaciones sueltas con mi amo, en todo el tiempo que

tuve la honra de estar en su servicio, aunque por no parecer molesto he omitido varios artículos. Al cabo me mandó llamar una mañana muy temprano, y haciéndome tomar asiento bastante cerca de él (honor que hasta entonces no había obtenido), me habló de esta manera. He repasado en mi espíritu todo cuanto me habeis dicho, tanto vuestro como de vuestra patria; veo claramente que todos tenéis un vislumbre de razon, que no alcanzo de donde pueda haberos venido; pero tambien veo que no haceis más uso de ella que para acrecentar vuestros defectos naturales y adquirir otros que la Naturaleza nos ha dado. Lo cierto es que en la figura os asimilais enteramente á los *yahous* de este país; que no os distinguiría siuviéseis su fuerza, su agilidad y las garras más largas, y que en cuanto á las costumbres son las mismas. Ellos se aborrecen de muerte unos á otros sin duda porque les horroriza su fealdad, no pudiendo considerarla ninguno en sí mismo. Vosotros, con ese pequeño grano de razon que gozais, habeis prevenido el inconveniente y procurais cubrirla para no haceros odiosos, bien sea por prudencia ó por amor propio; mas á pesar de vuestra precaucion no os aborreceis menos, pues veo que os dividen otros motivos de desavenencia que reinan tam-

bien en nuestros *yahous*. En efecto, si echamos á cinco una porcion de carne que sobraria para cincuenta, estos cinco animales glotones y voraces, en vez de comer pacíficamente su abundante racion, se avalanzan unos á otros, se muerden, se desgarran y cada uno quiere comerlo todo, de suerte que tenemos que darles de comer aparte y atar á los que han acabado porque no vayan á arrojarse sobre los demás. Si en las inmediaciones muere alguna vaca desgraciadamente ó de vejez, en el instante que saben la agradable nueva acuden atropelladamente á cual más pronto llega para apresarla, riñen, se arañan, se despedazan hasta declararse la victoria, y si no se matan es porque no tienen la razon que los *yahous* de Europa para inventar esas máquinas destructoras. ni esas armas ofensivas.

Se encuentran en algunos parajes de esta comarca ciertas piedrecitas brillantes de diferentes colores, que nuestros *yahous* aman al exceso. ¡Qué esfuerzos no hacen para sacarlas de la tierra donde regularmente suelen estar encajadas! Las llevan á sus establos, hacen un monton y las guardan con el mayor cuidado, como si fuera un tesoro, procurando que no lo vean sus camaradas, sin que hayamos podido indagar

de qué proviene esta violenta inclinacion, ni para qué pueden ser útiles. Pero ahora advierto ser efecto de esa misma avaricia vuestra que me habeis pintado, porque una vez, habiéndole quitado á uno su amado tesoro, cuando fué á buscarle y se halló sin el objeto de su pasion, prorrumpió en espantosos ahullidos, se puso furioso, se desmayó, quedó macilento, no comia, no dormia, ni podia trabajar, hasta que di orden á uno de mis criados de que le volviese al sitio de donde le habia sacado. Entonces recobró su espíritu y buen humor el *yahou* y no se olvidó de esconder su depósito en otro lugar.

Sucede frecuentemente que estando algun *yahou* ocupado en sacar una piedrecita de estas, llega otro á disputársela, y mientras riñen se la lleva un tercero y decide el pleito. En vuestro país, por lo que os he oido, no son tan breves y baratos los procesos. Aquí ambos litigantes (si es que puede dárselos este nombre), quedan como se estaban; pero allá parece que ordinariamente pierden lo que pretenden tener y lo que tenían.

Domina á veces en nuestros *yahous* una fantasia, cuya causa no hemos podido descubrir. Gordos, bien mantenidos y tratados por sus amos, vertiendo salud y lozanía caen repentinamente

en una angustia, disgusto y melancolía, que los pone mohinos y estúpidos. Huyen de sus camaradas, no quieren comer y se retiran á un rincón de su establo, como abismados en sus tristes pensamientos. No hemos encontrado otro medio de curarlos cuando están así, que el despertarlos con un tratamiento algo duro y emplearlos en trabajos penosos que ponen en movimiento sus espíritus, volviéndoles su vivacidad natural. Al oír esta pintura á mi amo, me acordé de mi país, donde se ven á menudo los mismos casos; hombres colmados de bienes y honores, sanos y robustos, rodeados de delicias, exentos de toda inquietud, contraer de un instante á otro la tristeza más cruel, aniquilarse, hacerse gravosos á sí mismos, consumirse en reflexiones quiméricas, afligirse, aletargarse y no volver á hacer el menor uso de su ánimo siempre poseído de vapores hipocondriacos. Vivo persuadido que el remedio único es el que aplican á los *yahous*; vida laboriosa y dura, excelente régimen contra la tristeza y melancolía. Yo le he experimentado y no puedo dejar de aconsejárselo al lector cuando se halle en semejante estado, exhortándole al mismo tiempo que, para quitar el peligro, procure no estar nunca ocioso, y si, por desgracia, no tuviere ocupación en la sociedad,

debe saber que hay gran diferencia de no hacer nada á no tener nada que hacer.

Nuestros *yahous*, prosiguió mi amo, muestran suma afición á cierta raíz muy jugosa, que buscan con ánsia para chuparla y de que jamás se ven hartos. Luego se les vé tan pronto arañarse como acariciarse, ahullar, hacer gestos, bailar, revolcarse por el suelo, echarse á rodar hasta que se quedan dormidos en cualquier lodazal.

Las hembras aparentan rubor y escusas al galanteo de los machos; no sufren caricias á presencia de otros; la más pequeña libertad en público las ofende, las irrita y las exaspera. Solo cuando ven fuera de camino algun *yahou* jóven bien formado, suelen estas castas hembras esconderse detrás de un árbol ó de una mata sin precaverse de que el *yahou* lo vea, y si las persigue echan á huir mirando siempre hácia atrás, de modo que regularmente llegan ambos á un tiempo al bosque ó quebrada más inmediata. Esto basta para que no olvide el sitio de allí adelante, ni él se descuide en concurrir, á ménos que á uno ú otro le detenga otra aventura igual en el camino, pues la casualidad es comun. Ellas por otro lado se complacen de verles lidiar, morderse y desgarrarse por sus amores, despues que han sido la causa de la

pendencia; y aunque tambien son el premio del vencedor, tal vez es para arañarle un poco más ó para ser arañadas si se cambia la suerte. Hé aquí el premio de todos sus amores; pero quieren extremadamente á sus hijos, tanto las hembras como los machos, que de buena fé se creen sus padres y les hacen tiernas caricias.

Bien temí que iba su honor á extenderse más sobre las costumbres de los *yahous*, sin perdonar ninguna de las que por desgracia nos comprenden; sonrojándome anticipadamente en honor de mi especie de infames vicios que reinan entre sus *yahous*, y que acaso hubieran sido una herrenda imagen del imperio de nuestra disolucion, disolucion superior á nuestro deleite, en que la Naturaleza misma se busca y no se encuentra, haciéndonos responsables hasta de los brutos.

La relacion de mi amo me puso en deseo de examinar personalmente las inclinaciones y modales de los *yahous*, con cuya idea solia pedirle licencia para ir á verlos, que nunca me negó, porque sabia mi aversion á aquellos animales, y así no temia que el trato y comercio con ellos pudiese inficionarme; solo sí por evitar algun suceso funesto mandó que me acompañase siempre un corpulento caballo alazan-

tostado, criado suyo muy leal y de un natural muy bueno.

Desde el primer dia advertí que mi figura no les causaba demasiada novedad: si alguna desemejanza hallaban era por el vestido, hasta que me vieron el pecho y los brazos desnudos. ¡Qué carcajadas de risa daban y cuánta burla hicieron! Ya entonces se atrevieron á acercarse á mí, y poniéndose de jarra andaban en dos piés, levantando la cabeza y remedándome en todo lo posible, no con muy buena intencion, como se vé en los monos salvajes respecto á los domésticos que miran armados de vestido, medias y sombrero.

Pero solamente un fracaso tuve con ellos, y fué que viéndome bañar con motivo del excesivo calor una jóven *yahousa*, se arrojó al agua y me abrazó con toda su fuerza. Yo creí que iba á despedazarme entre sus uñas, y principié á gritar, acudió el brioso alazan, y la *yahousa*, temerosa de sus amenazas huyó, siendo lo más particular que, á pesar del furor que la animaba y la rabia que centelleaba en sus ojos, no me hizo el menor arañazo siquiera. Con todo no me escusó la vergüenza de oír contar en casa la ridicula aventura, y cómo la celebraba mi amo con la familia. No sé si será del caso advertir

que esta *yahousa* tenia el pelo negro, y la piel mucho menos morena que las demás.

Habiendo dicho que pasé tres años enteros en aquel país, el lector esperará precisamente que como buen viajero le haga una amplia descripción de sus habitantes, esto es, de los *houyhnhms*, explicándole por menor sus usos y costumbres, sus máximas y sus modales. Voy á hacerlo sobre la marcha en muy pocas palabras.

Como los *houyhnhms*, que son los dueños y únicos animales dominantes en aquella comarca, nacen todos con disposición á la virtud, sin la más leve idea de lo que es maldad, en comparacion de una criatura racional; su principal máxima es la de cultivar y perfeccionar su razon, llevándola por guia en todas las acciones de la vida. Entre ellos la razon no produce problemas como entre nosotros, ni forma argumentos igualmente verosímiles en pró que en contra. No saben reducir las cosas á cuestion, ni defender opiniones absurdas y máximas indecentes y perniciosas con el auxilio del probabilismo. Todo cuanto dicen lleva la convicción al espíritu, porque no se propanan á lo oscuro ó dudoso, ni á cosa que esté disfrazada ó desfigurada por las pasiones é intereses.

Así me costó tanto trabajo hacer entender á mi amo esta palabra opinion, ni como era posible que disputásemos tan continuamente sin conformarnos casi nunca. La razon, decia él, ¿no es inmutable? ¿La verdad no es siempre una? ¿Deberemos afirmar como cierto lo que es dudoso? ¿Hemos de negar positivamente lo que vemos con claridad que no puede ser? ¿Por qué fomentais cuestiones que la evidencia no puede decidir, ó en que (tómese el partido que se quiera), os hallareis siempre sujetos á la duda y á la incertidumbre? ¿De qué sirven todas esas conjeturas filosóficas, todos esos vanos razonamientos sobre materias incomprensibles, todas esas investigaciones estériles y esas disputas eternas? El que tiene buenos ojos no tropieza; con una razon pura y perspicaz no se debe altercar, y pues vosotros lo haceis, es preciso que vuestra razon esté cubierta de tinieblas, ó que aborrezcais la verdad.

La filosofia de aquel caballo era por cierto admirable. Sócrates no pudo razonar con más juicio. Si nosotros siguiéramos estas máximas hubiera seguramente en Europa menos errores que los que hay; ¿pero qué seria entonces de nuestras bibliotecas? ¿Qué de la reputacion de nuestros sábios y del negocio de los libreros?

La república de las letras no sería otra que la de la razón, y no habría en las universidades más escuelas que la del sano juicio.

Amanse los houyhnhnms fraternalmente entre sí; se ayudan, se alivian y se sostienen recíprocamente. No conciben celos ni envidia de la fortuna de su vecino. No conspira el uno contra la vida y libertad del otro; ellos se crearían infelices si cualquiera de su especie lo fuera, y dicen á ejemplo de un antiguo: *Nihil caballini á me lienum puto*. No hablan mal los unos de los otros; la sátira no encuentra entre ellos ni principio ni objeto; los superiores no abruma á los inferiores con el peso de su esfera y autoridad; su conducta sábia, prudente y moderada, no dá jamás ocasion á la murmuracion; la dependencia es un vínculo, no un yugo, y el poder, siempre sumiso á las leyes y á la equidad, es respetado sin violencia.

Sus matrimonios son algo más iguales que los nuestros. El macho elige esposa del mismo color que él: un tordillo casará siempre con una tordilla, y así de los demás. No se vé mudanza, trastorno ni degradacion en las familias; los hijos son como los padres. Sus blasones y títulos de nobleza consisten en su figura, en su marca, en su fuerza, en su color, cualidades que

se perpetúan en su posteridad, de suerte que no se vé un caballo magnífico y suntuoso engendrar jamás un rocin, ni de una yegüezuela nacer un hermoso caballo, como sucede frecuentemente en Europa.

Allí no se conoce el adulterio, la consorte es siempre fiel al marido, como el marido á su consorte.

Uno y otro se envejecen sin helarse, por lo menos de parte del corazón. El divorcio y la separacion, aunque permitidos, no ofrecen ejemplo. Los maridos son unos eternos galanteadores de sus esposas, y estas siempre sus damas. Ellos no son imperiosos: ellas no se ostentan altaneras, ni se niegan á lo que el derecho ha conformado con su constitucion.

La castidad reciproca es el fruto de su razón; no del temor, de los respetos ni del capricho. Son castos y fieles, pues por la dulzura de la vida y buen orden prometieron serlo, que es en lo que fundan esta virtud, al paso que miran como un vicio condenado por la Naturaleza la negligencia de propagacion legítima en la propia especie, y detestan cuanto puede impedirle ó retardarla en algun modo.

Crian á sus hijos con un cuidado inmenso: mientras la madre atiende al cuerpo y la salud,

el padre vela sobre el alma y la razon. Procuran reprimir en ellos quanto es posible el impetu y fuegos de la juventud: los casan sin pérdida de tiempo segun lo dicta la razon y los estímulos de la Naturaleza, y entretanto solo les permiten una concubina que está en clase de criada, y que en el instante que se casan es despedida.

La educacion de las hembras es casi la misma que la de los machos. Sobre este punto me acuerdo que censuraba mi amo de ridiculo é imprudente nuestro método, diciendo que la mitad de nuestra especie no tenia otro talento que el de multiplicarla.

El mérito de los machos consiste principalmente en sus fuerzas y agilidad: el de las hembras en la docilidad y dulzura. Si una hembra saca por casualidad qualidades de macho, la buscan un marido que tenga qualidades de hembra y queda todo compensado, como sucede á veces entre nosotros; que la mujer es el marido y el marido la mujer; de suerte que ni aún en este caso degenera la sucesion; pues heredan y perpetúan dichosamente las propiedades de los que les dieron el sér.

CAPITULO VII.

Parlamento de los houghnms. Cuestion importante tratada en esta asamblea de toda la nacion. Detall de algunos usos del país.

Durante mi ausencia en aquel país, y como tres meses antes de mi partida, hubo una asamblea general de toda la nacion ó parlamento en que se trató un negocio que habia estado ya mil veces sobre el bufete; una cuestion que solamente ella pudo dividir jamás los ánimos de los houghnms. Mi amo asistió como diputado de su canton, y me refirió en casa quanto habia pasado sobre el asunto.

Tratábase de decidir si convendria exterminar absolutamente la raza de los *yahous*. Uno de los miembros sostenia la afirmativa, apoyando su voto sobre diversas pruebas muy fuertes y muy sólidas. Alegaba que el *yahou* era el animal más deforme, perjudicial y perverso que habia producido la Naturaleza, no menos maligno que indócil, siempre maquinando cómo ofender á los demás. Trajo al intento una antigua tradicion esparcida por el país, segun la cual no siempre